

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

la feria de barcelona

HAY que rendir un culto inmediato a la actualidad. Puesto que en las próximas semanas Barcelona vivirá alrededor de su Feria de Muestras, más vale que nosotros, por nuestra cuenta, agotemos el tema de una vez. Se entiende que lo agotamos sólo por lo que respecta a nuestro particular contacto semanal con los lectores a través de estas páginas.

El anticipo de la Feria nos lo dan unos días antes los carteles de señalización que, en las esquinas de mayor compromiso, pretenden indicar a los automovilistas el camino del certamen en media docena de idiomas. Estos carteles, por una ilusoria mutación, nos dirigen a nosotros, centrifugamente, a los cuatro vientos. No nos inducen a visitar la Feria sino a expandernos imaginativamente al exterior, hacia los lugares de los que se espera van a llegar nuestros visitantes. La vibración cosmopolita se contagia en seguida en los lugares públicos: en los restaurantes, en los cafés, en los locales de noche. El hombre de negocios es, en todo el mundo, partidario de la buena mesa, de la luz nocturna —cuando está fuera de su país— y del habano fino. Tiene el comercio internacional la virtud de arrastrar consigo la aureola de los buenos caldos, de la música alegre, de la locuacidad de sobremesa. Una Feria de Muestras como la de Barcelona tiene el valor de cambiar de un golpe el aire de toda la ciudad.

La época en que esta Feria se celebra tradicionalmente es un hallazgo feliz en el calendario. La ciudad vive en aquel interregno apetitoso en que todavía no han estallado los ardores del verano, pero ya se han dejado atrás las incertidumbres de la primavera. Este aspecto, en lo que concierne a la vida nocturna, es fundamental. Se puede afirmar que las terrazas de los restaurantes nocturnos, acopladas a la espina dorsal de la Diagonal o en las vertientes del propio parque de Montjuich, reciben en estas fechas la brisa marinera con una puntualidad afinadísima. Es una bendición recibir esa brisa de perfil, a la hora de disponerse a cenar, en los lugares un poco elevados sobre el nivel de la ciudad y ver, en lo hondo de la ladera, cómo titilan millares de luces inciertas y brillantes. Se puede oír desde estos lugares, en la pausa de silencio que ponen a veces las orquestas sobre el paisaje, el ruido de la sirena del barco que zarpa y hasta, a lo lejos, sobre las aguas del puerto, puede advertirse el bulo de sombras que hace al salir.

Evidentemente que estas estampas gastronómico-bucólicas no son la Feria de Muestras; pero hemos de confesar que para nosotros se le parecen mucho. No sabemos por qué razón es la Feria un conjunto de impresiones que, en la mayoría de los casos, nada tienen que ver directamente con la entraña económica y social del certamen. Así nos ocurre a nosotros, igualmente, con el olor a churro y a salchicha, con el ritmo de un «twist» en altavoz, con el paquete de prospectos por el suelo y hasta con la idea de unos señores, de chistera y chaqué, que aguantan un sol de barbarie a mediodía con una paciencia verdaderamente oficiosa. Sí, para nosotros, todo ese conjunto de imágenes dispersas es la Feria de Muestras.

Pero una vez recogidas y ordenadas esas imágenes dispersas, es cuestión de formarnos una idea

cabal y estadística, técnica y severa, de lo que es el certamen. No se trata ya de inquirir sus detalles con el concepto paizguato de los mirones de pueblo, sino de considerar en su conjunto el esfuerzo que representa y lo que tiene de espectáculo y de lección económica. Entonces nos damos cuenta de que la Feria de Muestras de Barcelona es una cosa verdaderamente muy seria. Casi cincuenta países extranjeros estarán representados este año en el certamen internacional. Los pabellones que algunos de estos países han levantado son de una gran belleza y de una suntuosa eficacia, de acuerdo con su objetivo.

Junto a este alarde exterior, o por encima de él, está el contenido extraordinario de todo lo que se exhibe. Vivimos en la época en que, día a día, la técnica camina y obtiene victorias constantes. A través de los impactos que todos los días, a lo largo del año, nos produce la lectura de la prensa, nosotros no acertamos a captar más que el porvenir atemorizante de la técnica. Pero

feria, tradición e innovación

En definitiva, la Feria de Muestras viene a ser consubstancial con la ciudad que la sostiene y alberga, porque en la larga tradición del país siempre ha sido subrayada una nota mercantil, traficante y económicamente mediadora. Los grandes cambios de Barcelona se han efectuado a través de sus dos grandes Exposiciones, la Universal de 1888, y la Universal de 1929, los fastos de cuya inauguración recordamos nosotros con viva imagen. La Feria de Muestras no es un exponente circunstancial y episódico de la vida barcelonesa, sino la explosión pública de un temperamento. En realidad, la región entera catalana es un Ferial. Nuestra anual Feria de Muestras no difiere más que en su volumen de muchos de los mercados semanales que, con rural modestia —y con finalidad específicamente agrícola—, tienen poblaciones tales como Granollers o Vich, pongamos por caso. Si transitamos por la Feria nos parecerá reconocer, a pesar del atuendo urbano, a ciertos perfiles de trajinante que pudieran haber sido negociadores siglos atrás, cuando los caminos rurales estaban trazados para la comunicación comarcal y económica de intercambio. Desde el Pirineo hasta Barcelona hay una corriente histórica marcada en la rodada de los caminos que es la corriente de la compra y de la venta, hollada por los trajinantes y los arrieros que llevaban los doblones en la faja, y que dieron motivo a muchas leyendas, como la de Perot Rocaguinarda, salteadores de caminos y romance del país. La Feria responde, pues, a una tradición, y aun nos parece que determinados observadores miran las fauces mecánicas de una excavadora con el mismo astuto interés con que en los mercados rurales abrían y estiraban el belfo de una cabalgadura para comprobar la calidad del animal por el aspecto de sus dientes.

Más, tradición consigo, la Feria es actualmente, en primer lugar, anticipo y modernidad. Durante

nos olvidamos de su vertiente más sustancial y operante; y esa vertiente es la que se nos descubre de un golpe en un certamen como el barcelonés. Da gozo admirar los pequeños prodigios que caben en una máquina de imprimir; las sensacionales simplificaciones que se obtienen en los utillajes de la industria; la exhibición de determinados procesos para la obtención de las nuevas materias plásticas, los logros sensacionales de la química y de la electrónica. Todo el mundo que nos rodea, con su inmensa carga de optimismo y de riqueza, se nos entra de pronto por la ventana para que lo podamos ver. Y entonces cobran cohesión los aspectos superfluos y epidérmicos de la Feria y lo que ésta tiene de alegre aglomeración y de acampada al aire libre. Todo ello se convierte entonces en un acto social trascendente, y podemos mirar en su espejo, para ver totalmente reflejada en él a nuestra época, tan vilipendiada, tan amenazadora, pero también tan apasionante y tan cargada de interés.

un largo período tuvimos la impresión de quedar un poco aislados del mundo circundante. Mucho antes de que el turismo pareciera que nos abriera el respiro a un aire exterior, las Ferias de Muestras de hace unos pocos años introdujeron en España una noción patente y elocuente de la marcha eficaz del mundo. Esa embajada precursora de los adelantos de la época, la impresión de asistir a un mundo que se modifica en prodigio de logros de todo orden, que tienden a la simplificación y a la utilidad —y, de retope, a la integridad económica, moral y social del ser humano—, nos la procuró, sin duda alguna, en primer término, el acontecimiento un poco bullanguero y para algunos simplemente espectacular de la Feria de Muestras.

Lo extraordinario, lo vivificador, en la vida de un pueblo, es esa insospechada mezcla de sentido mercantil y de euforia de la vida, que se encuentran íntimamente trabados en la Feria de Muestras. A nosotros nos agrada viajar por ella en uno de esos vehículos, pequeñas furgonetas de tracción eléctrica, que circulan dando un rodeo completo a todo el recinto y que tienen la virtud de un «trailer» cinematográfico, que nos muestra los aspectos culminantes y las panorámicas más atrevidas de algo mucho más extenso y probablemente más intrincado que la simple sugestiva imagen pasajera. En un mismo golpe de brisa coinciden las banderolas multicolores, el eco irregular de los altavoces y el ya de por sí magnífico panorama de Montjuich. Entonces sabemos de verdad que estamos en la Feria; y aquel personaje que, al fondo, preside con disculpable jactancia el interior de un «stand», nos parece revivir el tipo mercantil que dio gloria y riqueza auténtica a un pueblo, aunque fuera, entonces, a riesgo de desgafitarse y enroquecer, mientras ahora difunde su mercancía con el alado y elemental mensaje de un prospecto o con la mágica lombriz sonora que da vueltas en el magnetofón.